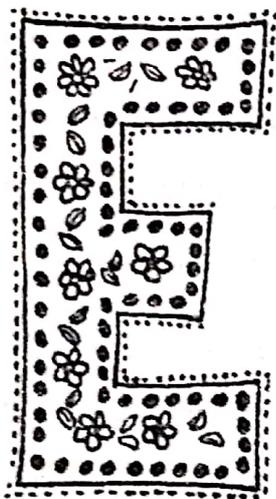


## LECCIÓN DE VUELO



staba un día la pájara pinta enseñando a volar a su hijo:

—Lo primero que debes hacer —le decía—, es abrir las alas así.

Y la pájara pinta, empiñándose, como para ver más

alto, extendía sus alas coloridas y, apenas rozando el nido con las patas, planeaba como una cometa en miniatura, suspendida en el viento. El pajarito la observaba feliz y procuraba seguir fielmente la instrucción.

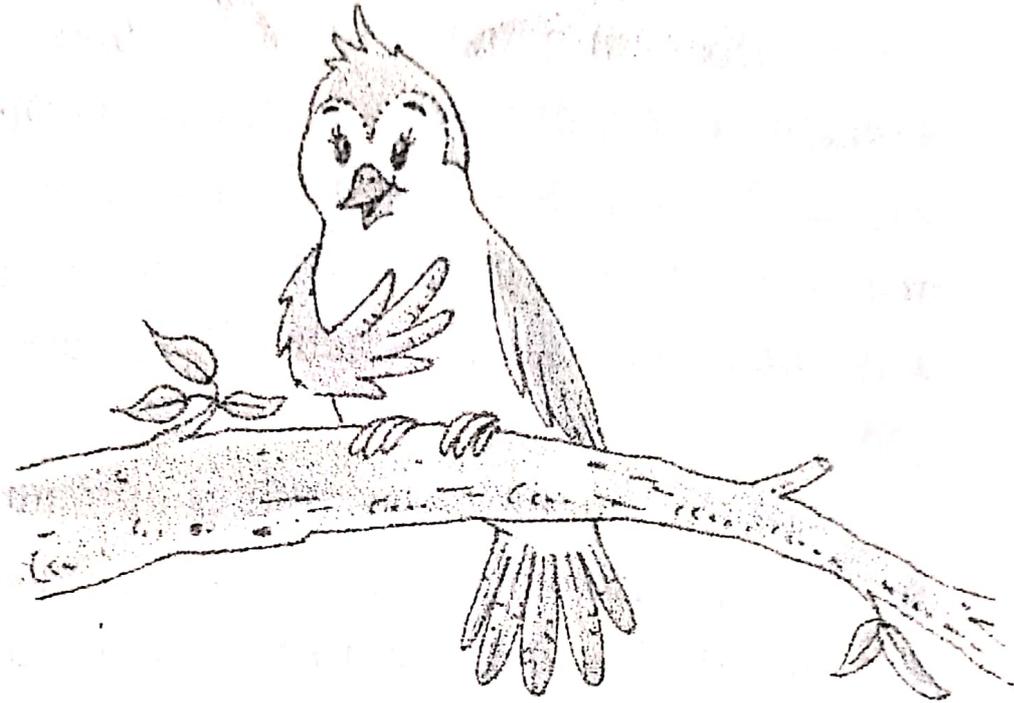
—¡Es divertido, madre! —opinaba el pequeño y, parándose en el borde del nido, abría sus alitas de pájaro aprendiz; pero, de inmediato, las cerraba por temor a perder el equilibrio.

—¡Así no, tonto! —le corregía la madre—. Observa bien cómo lo hago yo.

Y la pájara tornaba a empinarse y a extender sus alas que mantenía abiertas, sin aletear ni un segundo.

—¡Ah! ¡Ya sé! ¡Ya sé! —exclamaba el pajarito—. Es que no me había fijado bien, madre. ¡Es así! —y otra vez abría sus alas para volverlas a cerrar, pues tenía miedo de caer.

—¡Así no, tonto! —insistía la madre—. No cierres las alas. Mírame: primero, te

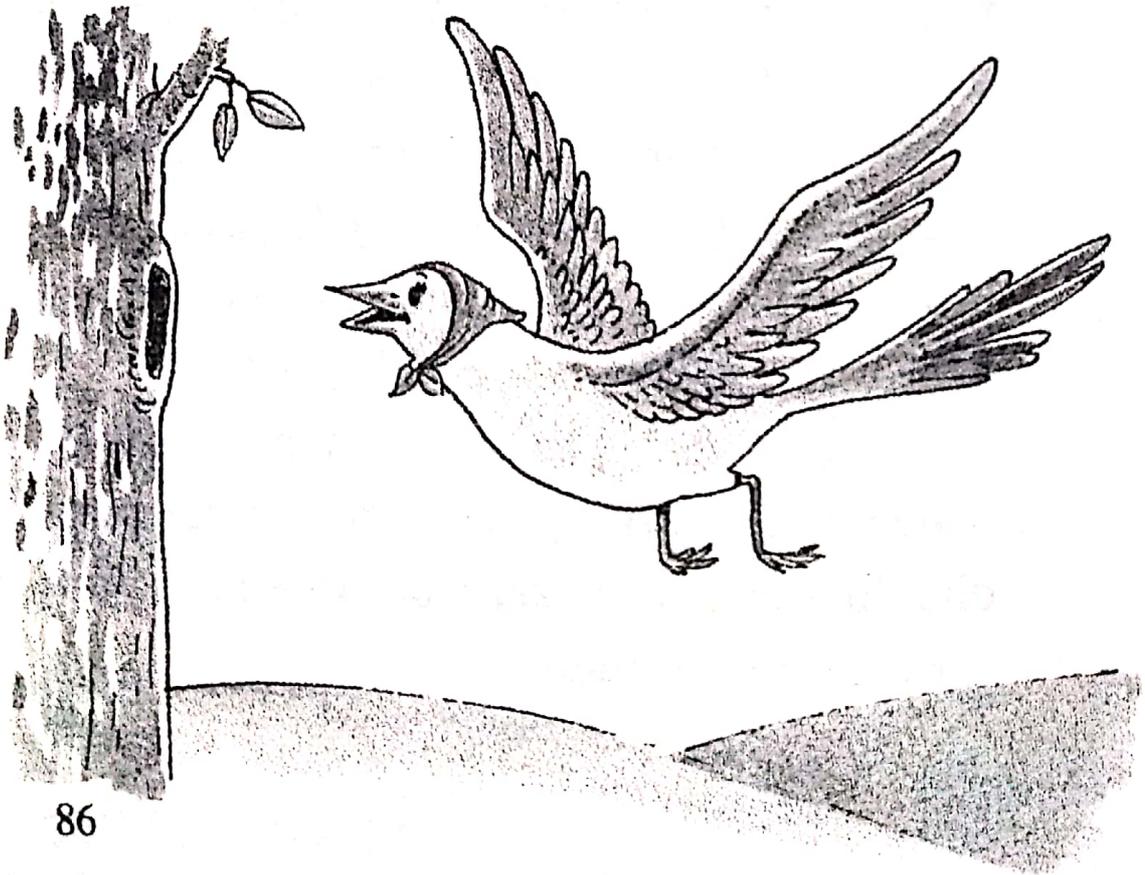


empinas un poco —y la pájara pinta se empinaba—. Luego extiendes las alas. —y la pájara pinta extendía las alas—. Y, por último, te quedas quietico, sin aletear. ¡Recuérdalo: sin aletear! —y la pájara pinta se quedaba quieta, como una cometa en miniatura, suspendida en el viento.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Ya sé! ¡Ya sé, madre!. —decía el pajarito por enésima vez, extendiendo sus alas tiernas de aprendiz, para cerrarlas al segundo.

—¡Eres un pajarito bruto! —opinaba la pájara pinta, desesperada por las vacilaciones de su hijo—. Por última vez, mírame: te empinas un poco. Extiendes las alas y te quedas quietico. Recuérдалo: quietico. ¿Sí ves?

¡Sí! ¡Sí, madre! —asentía el aprendiz de vuelo, reiniciando sus prácticas, hasta que un coletazo del viento lo arrancó del nido cuando apenas extendía sus alas y el pajarito se precipitó a tierra, sin batir las alas, para mantener el equilibrio, como le



había indicado la madre. Por fortuna el nido no estaba muy alto y el pequeño cayó sobre un colchón de hojas secas, que le permitió salir ileso del accidente. La pájara pinta, con el corazón suspendido de un hilo, voló hasta donde yacía su hijo, y luego de examinarle minuciosamente el pico, las alas, las patas y comprobar que no le había sucedido nada grave, le asió con el pico por la cresta y le llevó de nuevo al nido.

—¡Eres un tonto de las patas al pico!  
—dijo muy enojada y le propinó un severo picotazo en la cabeza. El pajarito, aturdido aún por el golpe, se atrevió a preguntar:

—¿Por qué me picoteas?

—Por no volar, por no aletear, por darme un tremendo susto.

—Pero tú dijiste que me quedara quieto.

—¡Cállate! —ordenó la pájara pinta agrediéndole con otro picotazo.

—¿Y ahora, por qué me picotea?



—chilló el hijo.

—Por respondón —justificó la madre y la emprendió a picotazos contra su hijo, quien, piando y batiendo las alas, se defendió mal del castigo. Entonces la madre se puso a chillar decepcionada.

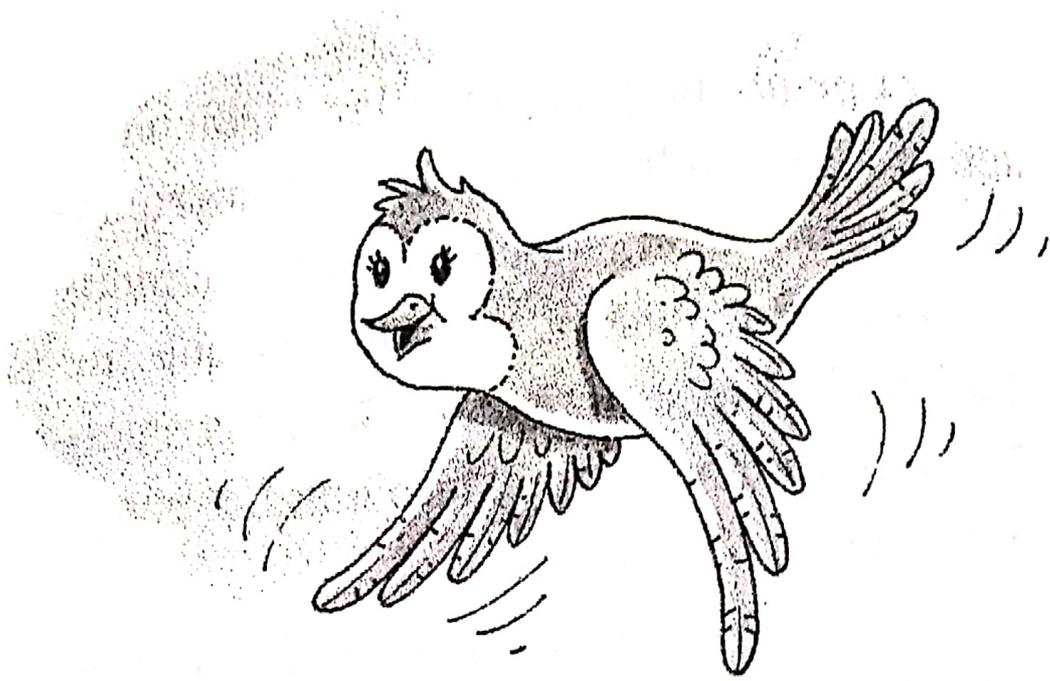
—¡Eres un pájaro bruto! ¡un bribón! ¡un malagradecido! Tanto que me esfuerzo por tí, enseñándote a volar y ahora me re-criminas porque te corrijo.

El pequeño prefirió callar. “Quién entiende a las madres —pensó—. Primero me dice que me quede quieto y luego me pico-tea porque no vuelo. Quien sabe que me hubiera hecho si me mato”. Metió la cabeza entre las alas y vacilando entre el enojo y la culpa, se quedó dormido.

—Hoy vamos a repetir la lección —dijo la madre al día siguiente. —¿Qué es lo primero que debes hacer?

—¡Ya sé, ya sé madre!. Empinarme un poco.





—¿Y después?

—¡Ya lo sé: extender las alas!

—¿Y por último?

—Permanecer quietico, sin aletear.

—¡Muy bien! —exclamó satisfecha la pájara pinta—. Ensayemos.

El pajarito se empinó en el nido, extendió las alas y comenzó a batirlas con tanta ligereza que, sin proponérselo, se elevó sobre el nido. La madre, sorprendida, le gorgueó un regaño para que descendiera;

pero éste, haciendo caso omiso, se lanzó al vacío y logró llegar hasta una rama próxima.

—¡Ya sé! ¡Ya sé! ¡Ya sé volar, madre!  
—le silbó feliz y comenzó a revolotear como un loco en torno al nido.

—¡Cuidado te estrellas, pájaro loco, cuidado! —gorjeaba la pájara pinta sorprendida y temerosa—. ¿Cómo pudiste volar sin saber planear?

—¡No lo sé, madre! —respondió orgulloso el pequeño—. Creo que a volar se aprende volando. —agregó entusiasmado y se remontó en el cielo, como una diminuta mancha de colores.

—¡Este hijo mío! —trinó la madre complacida—. Mañana empezaremos las lecciones de canto.